

ARTE • LETRAS • ESPECTACULOS

siempre, entre nosotros, aunque mejor doblada esta vez), es una película genérica, en el sentido de que está realizada «a la manera de» diversos géneros cinematográficos tradicionales. Desde la comedia populista-naturalista francesa a la investigación sobre un personaje y misoginia de la «serie negra», pasando por relatos carcelarios tipo «El astrágalo» y el film de actriz (Bernadette Lafont en este caso, que Truffaut recuena quince años después de haberla descubierto en su primer «corto», «Les mistons»), vamos viendo en un espejo, abiertamente deforme, toda una serie de típicas formas de narrativa cinematográfica, hasta el punto de que el propio realizador se parodia a sí mismo utilizando una estructura similar a la de «La novia vestida de negro». Este dominio humorístico de alguien que siempre había tenido problemas para narrar, «gags» como el del disco de carreras de coches, y la recreación de una cierta mitología popular, son las bazas positivas de un film menor, en el que —por otra parte— da rabia que un cineasta de las posibilidades de Truffaut pierda su tiempo. ■ F. L.

ARTE

Este verano lo he dudado mucho antes de empezar aquel suceso temático que me ocupó hace dos años, y que yo titulé "Volver sobre España". A punto ya de finalizar mis vacaciones, voy, sin embargo, a enviar desde mi retiro alguna crónica que recuerde temáticamente a aquella sección. ¿Por qué esa repugnancia mía a volver sobre aquellos temas? Uno ve fantasmas por todas partes, seguramente. Tenía miedo —y lo sigo teniendo, lo confieso— a convertirme en un instrumento indirecto de la turistización de España. Pero, eso sí, me gustaría que los españoles conociesen su país y sus pueblos. Pues hace dos o tres días tuve que salir de mi retiro algo silvestre para hacer alguna compra en el más cercano pueblo grande —Quintanar de la Sierra—, que es un poco la capitalidad de esta comarca serrana. Allí, la casualidad me deparó el conocimiento de dos hombres que me informaron de una asociación recién fundada, de la que me hice socio inmediatamente.

Los Amigos de la Alta Sierra, de Quintanar

Por lo que pude entender en mi breve diálogo con esos dos hombres, la asociación va a tener una doble pretensión, un doble objetivo: de una parte, estar atenta vigilantemente, promover y defender aquellos valores con que ya cuenta la comarca, o los que se van desvelando día a día: su arte y arqueología, el paisaje, sus tradiciones y su folklore... De otra, abrir todos los cauces posibles a los naturales del país para que se produzca una fructífera impregna-



La Laguna Negra, de Neila.

ción de todos los bienes culturales de nuestro tiempo. Me figuro que más de un lector esbozará una leve sonrisa de suficiencia ciudadana por lo que parece una acción ingenua de culturalismo localista. Yo no me río. Pienso que en esos actos de patriotismo local se encierran muchas de las acciones del mejor patriotismo (¿os acordáis de las Reales Sociedades de Amigos del País?). En todo caso, pienso que esas acciones contribuyen mucho más al esclarecimiento y la limpieza de nuestros pueblos, que esas funestas acciones equívocas que ahora se estilan, llamadas, por ejemplo, Concursos Provinciales de Embellecimiento de Pueblos, las cuales, lo que consiguen es ponerle a nuestros pueblos un cúmulo de puñetitas y porquerías llenas de mal gusto.

Yo no me río de estas asociaciones de vigilancia —porque eso son, en definitiva—, porque estoy muy acostumbrado, en mis correrías por este país, a ver cómo muchas barbaridades han sido salvadas en última instancia por instituciones de este tipo, o por los nunca bien ponderados eruditos locales, benéficos aguafiestas muchas veces de la furia constructiva-destructiva de muchos alcaldes con exceso de diligencia. Yo no me río, digo, y por eso, como

vecino temporal de estos parajes, ya he pedido mi ingreso en la asociación.

Afortunadamente, aquí es mucho lo que hay que defender. No es que haya peligros inminentes, pero... por ejemplo, la cultura piscinaria, que se ha desarrollado mucho por estos parajes en los tres últimos años, no es mala en sí misma, pero los encargados de las piscinas, altavoz y tocadiscos en ristre, amenazan con acabar con la paz idílica de estos campos. Eso de la cultura piscinaria con escandalaria debe ser una derivación lógica del mesianismo turistizante que está llegando a todos los rincones de nuestro país: ahora todo lo va a resolver el turismo.

Efectivamente, aquí hay mucho que defender. Por ejemplo, sobre Quintanar, en la cumbre misma del monte que lo domina, se encuentra la bellísima Laguna Negra, de Neila. No conviene confundirla con la otra Laguna Negra, la que inmortalizó Machado en «La tierra de Alvarogonzález», la cual también está por aquí cerca, a 17 kilómetros, ya pasando la línea fronteriza con Soría, en Vinuesa.

La Laguna Negra de aquí, la de Neila, también tiene su trágica leyenda, como la que Machado difundió a la otra. Esta leyenda es mucho

más arcaica: aquí —dicen— se hundió para siempre la siniestra doña Lambra, la dama culpable de la tragedia de «Los Siete Infantes de Lara». Y es que todos estos lugares están ligados a la Castilla condal de hace mil años: la Castilla de Fernán González, la de los Siete Infantes y aun la del Cid. A ese tiempo fundacional corresponde, según parece, todo el caudal arqueológico que ahora se descubre por aquí en enterramientos y eremitorios. Luego, el tiempo del primer románico desparramó por aquí una serie de bellísimas iglesias rurales, que los Amigos de la Alta Sierra harán bien en vigilar prudentemente: la misma de Neila, la de Vizcaínos, la de Jaramillo de la Fuente y otras muchas. ■ JOSE MARIA MORENO GALVAN.

TEATRO

De Avignon a Manizales

Camino de Manizales, me detuve en el Festival de Avignon. Comparo el clima de los dos festivales y las diferencias son enormes, como si

las ciudades francesa y colombiana se convirtieran en la representación de dos mundos.

Terrazas de Avignon repletas de turistas; gente joven vestida con esa pobreza cara, hija de la rebelión confortable contra la pulcritud pequeño burguesa; periódicas y divertidas paradas de los grupos, que intentan llamar la atención sobre su espectáculo; carteles que anuncian el teatro —«Drácula», «Fin de partida», «Las cariñosas»...— de una sociedad detenida. En algunas mesas de las terrazas, conocidos críticos se aburren y lamentan la situación del teatro francés, íntimamente ligada a la profunda crisis del país. Al actual ministro de la Cultura se le ataca sin piedad, y a nadie extraña que nuestra furgoneta —la furgoneta de «La Cuadra», con cuyo grupo crucé toda Francia— fuera detenida a media noche por dos policías con metralleta en un acto, según nos dijeron, después de comprobar la documentación de cada uno e iluminar insistientemente con sus linternas cada rostro, de control rutinario.

El mismo contrafestival de Avignon parece alimentado por viejos argumentos, convertido ya en el hijo legitimado del 68. Sólo el recuerdo de la reciente marcha del «joven teatro», como protesta contra unas declaraciones del ministro —en las que venía a supeditarse la concesión de subvenciones a la submisión a la línea gubernamental—, ponía un poco de luz en el pesimismo general. Bien entendido que nadie se hacía muchas ilusiones sobre la fuerza política de los manifestantes.

Frente a este cansancio, a esa desconfianza en la acción... ¡qué distinto el clima político de Manizales! Aquí pasa exactamente lo contrario. La tónica dominante es la pasión, la confianza ilimitada en la acción revolucionaria, la vitalidad. A los doce grupos invitados por la organización se han su-

VARGAS LLOSA, PERUANO

En el reportaje titulado «Ruy Guerra and Vargas Llosa», publicado en el número anterior de TRIUNFO, se decía en el sumario de la página 29 que «un director cinematográfico brasileño que nació en Mozambique prepara con un escritor cubano una película que se rodará en Brasil con capital norteamericano». Entre tantos lugares y nacionalidades se deslizó un lapsus: el escritor Mario Vargas Llosa no es cubano, sino peruano, como es bien sabido por los lectores de cualquiera de sus excelentes novelas.

ARTE • LETRAS • ESPECTACULOS

mado otros veinticinco, buena parte de ellos acogidos por una Muestra de Teatro Popular colombiano que se desarrolla paralelamente. A las mil personas esperadas, otras dos mil. Foros, seminarios, cursos para actores, asambleas, se multiplican en jornadas que ofrecen más de una docena de representaciones. Toda la ciudad parece desbordada, «ocupada», por una fiebre que es, a la vez, teatral y política. Se quisiera, de pronto convertir a Manizales en la capital teatral de una imaginaria Latinoamérica unida y popular. El desnivel entre los medios concretos de que se dispone y lo que ese idealismo revolucionario pretende es enorme. Y en esa distancia se mueven los debates, se alzan las tensiones y se toma una conciencia dolorosa y, a la vez, activa, de la realidad.

Con respecto al festival de dos años atrás, repleto de la peor demagogia «contestataria», este del 73 refleja una superior madurez. No es sólo un eco de lo que ha sucedido en Europa: media una experiencia propiamente colombiana. Sucedió en las últimas elecciones, cuando el movimiento radical decidió presentarse, y alcanzó una cifra exigua de votantes. Toda su pretendida «representatividad popular» cayó por los suelos, evidenciando hasta qué extremo se trataba de una minoría perdida en la manipulación de las palabras. Los más inteligentes comprendieron. Y hoy, muchos de los que hace dos años eran en Manizales oradores mesiánicos, intentan, sin renunciar a la crítica constante, conseguir que las cosas vayan hacia delante. El respeto de la muestra paralela al festival oficial —respeto que algunos critican— es el ejemplo del criterio dominante.

Con asistencia de varios grupos europeos y uno africano, con críticos franceses, italianos, españoles, todo el teatro latinoamericano

—grupos, autores, críticos— ha venido a Manizales para reafirmar, en un clima de absoluta libertad, su esperanza en el futuro. Mientras, como era de esperar, la prensa de ultraderecha califica esta avidez de orgía y de desmadre. ■ J. M.

«Tábano y La Cuadra», una nueva imagen de España en el teatro latinoamericano

El fenómeno de Manizales es casi increíble. Y tanto a escala teatral como a escala política, de enorme importancia. Ahora sólo quiero avanzar una impresión sobre la acogida de «El retabillito de don Cristóbal» y «Castañuela 70», de Tábano, y «Quejío», del grupo «La Cuadra» que constituyen la doble participación española.

Tábano presentó sus espectáculos en el teatro Fundadores—el único teatro «regular» de la ciudad— y en un local universitario, donde permanecerán hasta que acabe el Festival. Todo el mundo ha coincidido en elogiar la formación y capacidad técnica de los actores, aunque a la hora de entender el sentido crítico de «Castañuela 70» se hayan producido los inevitables despistes. Parte del público y de la crítica sí han entendido el porqué del espectáculo y de su estilo. Otros, dentro del verbalismo y la explicitud que aquí dominan, se han quedado

desconcertados, preguntándose qué es lo que realmente querían decir los Tábano y por qué no lo decían más claro.

Con «Quejío» también se han dado las interpretaciones equívocas. Y aunque se hayan convertido en uno de los dos o tres espectáculos más respetados de Manizales, no ha faltado la crítica que se ha creído obligada a citar el nombre de Grotowsky como inspirador del montaje español. ¡Qué le vamos a hacer! Si en Europa se mancha a veces el concepto de Latinoamérica como si fuera una unidad —¡siendo en la realidad tantas las diferencias entre unos y otros países!—, no es sorprendente que aquí se tienda a hacer lo mismo con Europa. Lo que conduce a la aberración de tomar el cerro del Aguila, de Sevilla, por un barrio de París. El sentido ritual de «Quejío», el deseo de presentarse ellos mismos, en lugar de representar a los demás, que aparece en la poética del espectáculo, el «origen» europeo de grupo, bastan para poner sobre la falsa pista a algún que otro crítico.

La verdad es que la comprensión del teatro español —como ocurrió en los festivales cinematográficos con el llamado Nuevo Cine Español— en el extranjero es siempre difícil. Si el espectador o el crítico —como le ocurrió a quien advirtió influencias grotowskianas en «Quejío»— nos colocan al nivel de Occidente, las equivocaciones son inevitables. Si, como su-

cede en otros sectores, se parte de la base de que nuestra situación es diferente, de que, por ejemplo, todo nuestro teatro se halla sometido a censura previa, la posibilidad de error permanece, porque la búsqueda de significaciones ocultas, la idea de que cada espectáculo es un juego de magia, con las palomas escondidas dentro del sombrero, conduce a interpretaciones a menudo arbitrarias.

En todo caso, y dentro del general interés suscitado por la doble participación española, pienso yo que nos hallamos ante un acontecimiento verdaderamente importante en la reanudación de las «relaciones teatrales» entre España y Latinoamérica. Ciertamente que hace un par de temporadas o tres vino aquí la titular del María Guerrero, en una jira seriamente afectada por su carácter «oficial» y por la personalidad, muy ajustada a los viejos cánones, de los actores. Ciertamente que también vino «Tartufo», de Molière-Llovet, que pese a su mayor carga crítica y personalidad más comprometida de sus actores, tampoco entró, por razones de producción, en el verdadero campo del nuevo teatro latinoamericano. Ese teatro que ocupa ahora 17 salas de Manizales y las llenas de pasión, de aplausos, debates y críticas. Salas, ya se entiende, que van desde la gallería al gimnasio, pasando, en el caso de «Quejío», por la antigua iglesia de un orfanato.

Nuestros dos grupos de teatro independiente sí han encajado en este medio. Se les acepta o se les discute, pero con la familiaridad de lo que se sabe próximo y alineado en un mismo tipo de lucha. Muchos esquemas —desde la conquista a la guerra civil—, que se utilizan para hacer de España una realidad lejana, solemne y antipática, pierden su sentido ante la realidad de estos actores, cuyas obras y cuyo estilo de vida en nada responden a las viejas y demagógicas imá-

nes. Todos los españoles que estamos en Manizales nos sentimos, en fin, en un país profundamente nuestro. Con su miseria y su verbosidad política, con sus grupos ejemplares, con su pasión de lucha, con su desorden y su vitalidad. Como si nos restituyese una parte de nosotros mismos, enterrada por el orden español de los últimos años.

También la actitud de los colombianos ante nuestro trabajo tiende a reconsiderar los viejos esquemas. «Tábano» y «La Cuadra» tienen ya, entre sus muchas aportaciones a la sociedad española, esta otra nueva que acaban de iniciar en Manizales y seguirán desarrollando en su inmediata jira por América Latina: mostrar esa «otra cara» de España, joven, crítica, activa, que es la única que puede realmente interesar a los sectores teatrales más despiertos de este continente. ■ JOSE MONLEON.

COMICS

«Los Agachados»: entre el «comic» y la educación popular

Eduardo del Río, «Rius», hizo famosa una colección de tebeos: «Los Supermachos». Editada en Méjico, ha pasado ya del número 350, aunque con notables variaciones en relación a sus comienzos.

Autor de «las ideas, los monos y el texto», Rius creó una serie de personajes, como el del indio Juan Calzontzín, que con sus máximas y observaciones era un portavoz de la sabiduría y el humor populares. Describiendo la vida de los habitantes de San Garabato —especie de microcosmos mejicano— anda a la husma de los vicios y males del

país: el caciquismo, la superstición, el estancamiento del PRI, la inacabada revolución, «la mordida» como corrupción habitual de los cargos públicos, etcétera.

A través de Calzontzín, Rius hacía exposiciones divertidas y claras de cuestiones complejas. Vale la pena releer el número 88, por ejemplo, en donde se hace un análisis de la figura de Cristo como un rebelde opuesto a un poder y una sociedad injustos, del cristianismo como actitud anticapitalista, del concepto de plus valía y de la planificación económica socialista.

El arte de Rius consiste en tratar temas abstractos con amenidad y gracia. En convertir en imágenes los conceptos. En unirlos a los personajes, sacados directamente de la vida cotidiana de Méjico, que pueblan sus historias. Sus dibujos, el colorido chillón, la estructura de las viñetas, son un excelente medio de comunicación. El lenguaje de Calzontzín, Don Lucas, Don Perpetuo del Rosal, Gedeón, etc., está lleno de los giros, imprecaciones, términos y frases del argot mejicano. Divertir enseñando como lema fundamental.

Estas características hicieron de «Los Supermachos» una publicación de masas. Una forma de educación popular que trajo no pocas preocupaciones —ver: cárcel— al astuto y socarrón de Rius. Pero siempre siguió adelante, hasta en los momentos de silencio forzoso de su creador.

Por causas que desconocemos, Rius abandonó la revista y creó otro «comic» del mismo porte que titula «Los Agachados». Una amarga frase de Calzontzín en el número 85 de la otra serie —«el porvenir es de los agachados»— nos lo descubre como sinónimo de conformados, integrados, alienados, mansos y obedientes, todo a un tiempo.

Aguardando el autobús una noche en Los

«Quejío».

